

RAFAEL TORRES QUINTERO

UNA VIDA AL SERVICIO DEL INSTITUTO, DEL *DICCIONARIO DE CONSTRUCCIÓN Y RÉGIMEN* DE LA LENGUA CASTELLANA Y DE LA CULTURA COLOMBIANA

Al trazar estas líneas que pretenden evocar la personalidad y la vida de Rafael Torres Quintero, cuya partida definitiva ha dejado hondo vacío en nuestro Instituto, he querido hacerlo con sinceridad y franqueza, rehuyendo el estilo de los panegíricos oficiales y dejando que los hechos presentados hablen por sí mismos, lo que creo es el mejor homenaje a quien vivió sin artificios y siempre con la mayor naturalidad y sencillez.

El colega desaparecido nació en Santa Rosa de Viterbo, Boyacá, en 1909. Sus hermanos habían de ser letrados unos, otros, militares de renombre nacional y el penúltimo en edad, jefe político de Boyacá. En 1928 obtuvo su título de bachiller en el Colegio de San Bartolomé de Bogotá. En 1934 ingresó en la recién fundada Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Javeriana. Terminó sus estudios allí en 1938 y se doctoró en 1943. Su tesis de grado se tituló *Literatura latina*. Veamos el juicio que hacía de ella la *Revista Javeriana* (tomo XX, pág. 304), en la sección Crónica de la Universidad:

La *Literatura latina* fue la tesis de Rafael Torres Quintero para el doctorado. No es una tesis en el sentido rutinario de la palabra. Es un estudio a conciencia, con crítica personal —lo cual aparece muy de vez en cuando en obras de esta índole— y trazado en estilo brillante. No cumplió únicamente la fórmula reglamentaria el señor Torres Quintero, como lo observa el R. P. Decano de la Facultad y presidente de la tesis. Sobra, en fin, cualquier elogio.

Olvidaba decir el comentarista que las traducciones eran de la cosecha del graduado y que por aquellos tiempos, Rafael como buen colombiano, hizo versos y con buena fortuna.

En 1940, por iniciativa del doctor Jorge Eliécer Gaitán, Ministro de Educación Nacional en esa fecha, el Gobierno de Colombia creó el Ateneo Nacional de Altos Estudios, con la intención, fuera de otros objetivos, de continuar el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, de Rufino José Cuervo, del cual su autor había publicado dos tomos (letras A-D) y había dejado inéditas algunas monografías redactadas, correspondientes a palabras de la letra E y papeletas acopiadas hasta la palabra *librar*. A efectos de realizar este propósito, el Ministerio de Educación Nacional celebró contratos con el Padre Félix Restrepo y el profesor Pedro Urbano González de la Calle y, también, con Julián Motta Salas, Rafael Torres Quintero y Francisco Sánchez Arévalo. A este grupo se unió *ad honorem* doña Cecilia Hernández de Mendoza. El lugar de trabajo eran dos oficinas del segundo piso de la Biblioteca Nacional; las horas diarias de trabajo eran sólo unas pocas y los presuntos lexicógrafos únicamente disponían de unos cuantos libros. Aun así, con tan pobres elementos, comenzaron a leer autores clásicos y a anotar ejemplos. De esta manera comenzó la vinculación de Rafael con el Instituto que después se llamaría Caro y Cuervo y con el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*.

El 25 de agosto de 1942 el Congreso de la República aprobó la Ley 5ª de dicho año que daba existencia al Instituto Caro y Cuervo. La Ley lleva la sanción ejecutiva del Presidente Alfonso López Pumarejo y de su Ministro de Educación, Germán Arciniegas. Casi dos años más tarde, el 31 de marzo de 1944, Darío Echandía, Encargado de la Presidencia de la República y Antonio Rocha, Ministro de Educación, firmaron el Decreto que reglamentaba la Ley citada y la hacía efectiva. El Decreto fijaba, amén de otras cosas, el personal del Instituto, que incluía tres auxiliares de investigación “escogidos por concurso”. Este fue organizado y efectuado por el Ministerio de Educación. Incluía una solicitud redactada en latín. Se

presentaron ocho candidatos y resultaron vencedores José Manuel Rivas Sacconi, Julián Motta Salas y Rafael Torres Quintero. Posteriormente el Gobierno Nacional celebró un contrato con Luis Flórez. Más tarde entró Fernando Antonio Martínez. Todos ellos se dedicaron a anotar ejemplos de clásicos para el *Diccionario*. Entre tanto el Padre Félix y el Colaborador Técnico don Pedro Urbano examinaban los materiales dejados por Cuervo y pesaban las posibilidades de continuar la magna obra lexicográfica, tarea cuyas inmensas dificultades se comenzaban a percibir.

En febrero de 1950 la continuación del *Diccionario* quedó exclusivamente en manos de Fernando Antonio Martínez quien se impuso la descomunal tarea de redactar monografías y acopiar ejemplos simultáneamente. Torres Quintero pasó entonces a elaborar otros trabajos como las bibliografías tituladas *Bello en Colombia*, *Bibliografía de Rufino J. Cuervo*; ya había terminado antes *Cervantes en Colombia* (véase la *Bibliografía de Rafael Torres Quintero* que aparece en *Noticias Culturales*, segunda época, núm. 29, 1987; ella me exime de dar aquí fechas y otros pormenores y de citar otros trabajos suyos). También preparó las ediciones críticas del *Antijovio* de Jiménez de Quesada, de las *Obras* de Hernando Domínguez Camargo y de las *Obras* de Rufino J. Cuervo (en colaboración con Efraín Rojas Bobadilla). En 1951 fue designado subdirector del Instituto, al crearse en dicho año el cargo citado, que conservó hasta 1981. Durante este lapso de treinta años estuvo varias veces encargado de la dirección del Instituto por ausencia temporal del titular, doctor Rivas Sacconi. En una de estas ocasiones, durante el año de 1953, le tocó afrontar la dolorosa prueba de la muerte trágica de Antonio Curcio Altamar.

El año de 1954 trajo para Rafael una de las experiencias más singulares de su vida. Como es sabido, el 13 de junio de 1953 se produjo el golpe militar que llevó al poder al general Gustavo Rojas Pinilla. El militar gobernante se dirigía frecuentemente al país por radio y, más tarde, por televisión. Pronto comenzó a sentir grandes escrúpulos por la corrección idiomática de sus proclamas y discursos. Alguien le indicó

que podía recurrir a nuestro Subdirector, académico y escritor atildado, a quien llamó en su auxilio. El General pensó primeramente en darle a Torres Quintero el título de Gramático de la Presidencia. Pero esto resultaba extravagante, aun en esta república de gramáticos, en la que, según José María Restrepo Millán, todo el mundo sentía inquietudes de conciencia al usar un gerundio. El problema se solucionó fácilmente dándole a nuestro colega el cargo de Secretario Privado de la Presidencia. Y hete aquí a Torres Quintero velando por la observancia de las reglas en que académicos y puristas han enmarcado el uso correcto de la lengua castellana, en los documentos oficiales del gobierno militar que terminó el 10 de mayo de 1957 cuando renunció el general Rojas Pinilla.

Cerrado ya el capítulo palaciego de su vida, Torres Quintero se reincorporó a sus labores del Instituto. De 1967 a 1971 fue Decano del Seminario Andrés Bello. En los primeros meses de 1978 el doctor Rivas Sacconi fue designado embajador de Colombia ante el Gobierno de Italia y Rafael quedó como Director encargado del Instituto. Al año siguiente tuvo que enfrentar otra prueba dolorosa. Hay muchas razones para no entrar en detalles acerca de la grave crisis presentada en 1979 en este Instituto. Digamos sólo que Torres Quintero capeó el temporal con serenidad y que nunca rehuyó la discusión pública cuando los oponentes dieron ocasión a ella. El doctor Rivas reasumió la dirección del Instituto y Rafael volvió a sus labores habituales, cada vez más absorbido por el trabajo de continuación del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*. En marzo de 1982 el doctor Rivas Sacconi renunció a la dirección del Instituto y marchó a Roma en calidad de Embajador de Colombia ante el Vaticano. Torres Quintero se posesionó como director del Instituto en propiedad el 3 de marzo de 1982. En julio de ese año inició una nueva época de *Noticias Culturales*, publicación que había dejado de aparecer en diciembre de 1975 y que colocó en manos de hábiles colaboradores, creando el engranaje humano y técnico adecuado para que apareciera fácil y oportunamente. En 1983

reabrió el Seminario Andrés Bello cuyas tareas habían quedado interrumpidas en 1980. Rafael atendió con asiduidad al fatigoso ajetreo administrativo que conlleva la dirección del Instituto, durante cuatro años. Una grave enfermedad le hizo abandonar su cargo. Al cumplir su licencia de incapacidad presentó renuncia a la dirección del Instituto el 1º de febrero de 1986. La renuncia fue aceptada y Torres Quintero pasó a comandar el recién fundado grupo de redactores del *Diccionario*. Desgraciadamente la enfermedad le hacía cada día más difícil el trabajo. El 5 de marzo de 1987 se vio obligado a resignar la dirección de la continuación del *Diccionario* y unos días después, el 21 del mismo mes, falleció en medio del dolor de sus colegas y amigos.

Torres Quintero tuvo muy dentro de su corazón dos grandes empeños del Instituto Caro y Cuervo: el Seminario Andrés Bello y la continuación del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*.

Rafael heredó de su padre, don Roberto, una decidida vocación pedagógica y una notoria capacidad docente. Como ya se ha dicho, fue profesor en varios colegios de Bogotá. También se hizo cargo de cátedras de gramática española, historia del español y lingüística general en las universidades Javeriana, Gran Colombia y Pedagógica Nacional (1953-1978), pero a partir de 1958 su labor pedagógica se centró en el Seminario Andrés Bello, la sección docente del Instituto Caro y Cuervo, que inició sus cursos en agosto de aquel año. En el Seminario profesó la cátedra de gramática descriptiva por muchos años y formó parte muy actuante de su consejo directivo. Son muy dignos de subrayar el afecto y la simpatía que sentían por él los estudiantes, que lo rodeaban en las aulas, en la calle e incluso en el café. Rafael, por su parte, se preocupaba por sus problemas y trataba de ayudarles. Algunos de sus discípulos pronto se convirtieron en sus fieles amigos. Habiéndose hecho ya cargo de la dirección de los trabajos del *Diccionario* y, luego, de la misma dirección del Instituto, como encargado, no por eso se desentendió del Seminario y sus alumnos.

Pero su preocupación más instantánea y el amor de su intelecto se concentraron en la continuación del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*. Y esto a tal punto que, como en todo auténtico aficionado, alternaron en él la esperanza contra toda esperanza, el escepticismo, la desesperación y, finalmente, la bien fundada esperanza.

En 1972 murió Fernando Antonio Martínez. El director del Instituto reorganizó entonces el Departamento de Lexicografía y lo colocó bajo la dirección de Torres Quintero. Fortuna para el Instituto fue contratar a José Álvaro Porto Dapena, profesor de la Universidad Complutense de Madrid, y quien ya había colaborado durante cuatro años en los trabajos del *Diccionario histórico*. Conocía él las grandes dificultades que presenta la tarea lexicográfica, en especial la continuación del *Diccionario*, pero también conocía el procedimiento y las técnicas adecuadas para vencerlas. Habiendo llegado en julio de 1973, en primer término organizó la recolección de materiales, adiestró lectores, estableció el proceso de la recolección que utiliza la reproducción xerográfica. Ciertamente Cuervo había dejado un número considerable de ejemplos, pero que, por razones obvias, sólo llegaban hasta fines del siglo pasado. En consecuencia había que llenar el vacío que representaba lo transcurrido de este siglo. Era necesario por lo tanto leer y subrayar obras de la presente centuria, en especial de autores americanos que brillaban por su ausencia en la nómina de Cuervo. Bien pronto miles de cédulas comenzaron a engrosar mensualmente los ficheros del *Diccionario*. Porto, al par que formaba nuevos lexicógrafos, se dedicó también a la redacción de las monografías del tomo III del *Diccionario*. Esta redacción tomó ahora un ritmo alentador: en 1974 aparecieron los fascículos 4º y 5º; al año siguiente ya teníamos el 6º y el 7º; en 1976, el 8º y el 9º. Y todas las monografías ostentaban una calidad parangonable a las de Cuervo y de Martínez. Y ya que citamos a Fernando Antonio Martínez, en 1973 Torres Quintero publicó el fascículo 3º del *Diccionario* que Martínez dejó completo al fallecer. Incluía el artículo correspondiente a la preposición *en* que había hecho padecer tanto a su autor.

El respaldo de Rafael a Porto fue permanente. Como director de los trabajos del *Diccionario* revisó todas las monografías redactadas por el profesor español. Discutía con él amistosamente los puntos en que sus pareceres discrepaban. Esta colaboración se interrumpió en 1976 cuando un grupo encabezado por Jorge Páramo Pomareda se hizo cargo de la redacción del *Diccionario* y elaboró las monografías del fascículo 11, monografías que también fueron revisadas por Torres Quintero. En 1980 Porto Dapena reanudó su colaboración con el Instituto. Salieron de la Imprenta Patriótica a partir de entonces los fascículos 12º al 20º en espléndida serie.

En 1985 y 1986 el nuevo director encaró seriamente el proyecto de acelerar los trabajos del *Diccionario*. El expresidente Carlos Lleras Restrepo sugería su terminación para 1992 como digna ofrenda en la celebración del quinto centenario del descubrimiento de América. También el Presidente Belisario Betancur se mostró muy interesado en este tema. A finales de 1985 se empezó a conformar en Bogotá un grupo de nuevos redactores que emprenderían la redacción del tomo IV, mientras en España se adelantaban los trabajos del siguiente. Todo ello financiado por los aportes conseguidos por el director Ignacio Chaves, tomados de los fondos de la Segunda Expedición Botánica, donaciones del Fondo Santo Domingo y por nuevos aportes del gobierno nacional.

Como ya hemos dicho, Rafael quiso emplear el tiempo y las fuerzas que todavía le quedaban en la continuación del *Diccionario*. Abandonó la dirección del Instituto para dirigir el nuevo grupo de redactores. Torres Quintero no sería ahora solamente director y revisor, también quiso ser redactor. Al efecto tomó a su cargo la redacción de tres monografías, de las cuales alcanzó a dejar casi totalmente terminada la de *fabricar*. Alcanzó a presidir algunas reuniones del grupo. Pero ya no le iba a ser concedido continuar en la obra que él tanto amó. El infortunio lo visitó cruelmente. En el transcurso de pocos meses perdió a su hermano el general Roberto Torres y a su esposa. Disminuían sus fuerzas y, finalmente reapareció la enfermedad, esta vez con fuerza

aterradora. Así llegó el mes de marzo y, Rafael, que preveía que no le quedaban sino pocos días, comprendió que era el momento de entregar las armas. Reunió las pocas energías que le restaban, y antes de que su conciencia y su razón naufragaran, con un terrible esfuerzo, el 3 del citado mes se dirigió a Yerbabuena. Hacía la última visita a su sitio de trabajo y de lucha y a su gente. En las primeras horas de la tarde se reunió todo el Departamento de Lexicografía. No hubo dramatismo de parte de él ni de los asistentes. El director del Instituto anunció el retiro de Torres Quintero y que el grupo sería coordinado por Edilberto Cruz Espejo. Cuando le llegó el turno, Rafael, con el gesto severo y duro de un oficial herido de muerte que entrega el mando de su patrulla y da las últimas instrucciones de combate, tomó la palabra brevemente. Notamos entonces que el metal de su voz se había alterado. Nadie dejó traslucir emoción alguna, y menos él. Sólo el director del Instituto manifestó su reverente afecto por el enfermo. Pretendió alentar vanas esperanzas de que Rafael pudiera seguir colaborando. Tal vez podría venir a Yerbabuena; tal vez nos podríamos reunir en su apartamento. Hasta le encargó la redacción, en colaboración, del prólogo del tomo III del *Diccionario*. En conclusión, Edilberto Cruz Espejo fue el coordinador y todas las monografías serían revisadas por Porto Dapena si éste aceptaba. Con el auxilio de Dios, se aseguraba el porvenir del *Diccionario*. Si Rafael no sobrepasaría una fecha ya próxima, el mundo y la gran obra lexicográfica iniciada por Cuervo continuarían su marcha. Este debió de ser su último y confortante consuelo. Por fin llegó la despedida: un apretón de manos bastante frío e inexpresivo.

Pasaron unos días. Se nos informó que Rafael estaba muy delicado. Luego empezaron a llegar noticias alarmantes, que se filtraban a pesar de la hermética reserva que quería mantener la familia. Él había dicho que no quería morir en la clínica sino entre los suyos. Sus hijas velaron por él cariñosamente en los días postreros. Retribuían con un ejemplo luminoso de piedad filial la amorosa solicitud que por ellas

había siempre mostrado Rafael. El desenlace llegó el 21 de marzo, a las diez de la noche, en el primero de tres días feriados sucesivos, tal como si él mismo hubiera escogido el día de su muerte, para hacerla lo más discreta posible. Sin embargo, a pesar de esto, fuimos numerosos los amigos que concurrimos a sus exequias, pero muchísimos menos de los que hubieran podido asistir en otras circunstancias. El padre Manuel Bricceño y el director Ignacio Chaves lo despidieron en el templo con hermosas y conmovidas palabras. El trayecto entre la iglesia y el cementerio pareció interminable. Al borde de la fosa abierta, un sacerdote recitó las oraciones de rigor. Alguien lograba apenas musitar unos versos con voz que la emoción hacía casi inaudible. Muchos sentíamos que con el féretro se hundía en la sombra toda una porción de nuestras vidas.

RUBÉN PÁEZ PATIÑO

Instituto Caro y Cuervo